



ALOCUCION.

Después de unos ejercicios.

I

UANDO el hijo de familia, ya crecido y aleccionado por sus padres para recorrer solo el camino de la vida, ve acercarse el momento en que ha de abandonar el hogar querido donde nació y gozó de las purísimas alegrías de la infancia, no puede menos que sentir en su corazón la dulce y blanda tristeza que trae consigo toda separación. Otro hogar, trasunto de aquel de que va á alejarse, le espera, tal vez decorado y aderezado por sus mismos padres: en él hallará á la que va á ser compañera de su existencia, radiante todavía con las galas de la desposada. En ese nuevo y bendito hogar, el hijo de familia, transformado en jefe de la que va á formarse á su sombra, todo lo encuentra dispuesto para su recreación y complacencia. Comodidades, adornos, primores y delicadezas que revelan la mano de una madre solícita, se ven por todas partes. Nada falta; todo está previsto: y hasta los libros de devoción, las imágenes sa-

gradas que parecen sonreír al recién llegado, anuncian á éste que en aquella mansion de felicidad podrá seguir las mismas costumbres, las mismas prácticas de piedad que de niño ha visto en la casa de sus padres. Y sin embargo, ese hijo de familia, si tiene un corazón sensible, no dejará de entristecerse suavemente ante la consideración de que va á trocar el caliente nido paterno, por otro que parece llamarlo, solicitarlo y ofrecerle los halagos y venturas de una nueva existencia.

Algo semejante á lo que siente ese mancebo, sentimos nosotros en estos instantes. Esta Santa Casa de Ejercicios ha sido nuestro hogar durante nueve días: en ella, como que hemos nacido á una nueva vida espiritual, y se han abierto nuestros ojos á la luz de la gracia; en ella, nuestro Padre que está en los cielos nos ha enseñado á balbutir las primeras oraciones de nuestra conversión y arrepentimiento; en ella hemos visto crecer día á día nuestro fervor; nos hemos fortalecido, y hemos encontrado los secretos para saber luchar y vencer en las batallas de las pasiones y del mundo. Por eso hoy, que nuestro Padre nos dice á cada uno de nosotros: "Sal afuera, que ya puedes seguir tu camino," nos entristecemos y nos sentimos turbados. Dirigimos nuestra vista al rededor, y por do quiera encontramos objetos que despiertan nuestros recuerdos. En este hogar, como en el paterno, todo nos habla de un pasado tranquilo, risueño y dulce; y así como al dirigir por última vez los ojos al huerto de nuestros juegos infantiles, al gabinete de estudio de nuestra ju-

ventud, á la alcoba donde nos entregábamos al sueño, nuestro corazón no pudo dejar de conmovirse, así hoy nos es imposible contemplar sin emoción estos muros, estas galerías, ese templo y ese Camarin de la Santísima Virgen, donde tantas veces hemos orado y gemido; esas celdas, testigos mudos de nuestros monólogos solitarios y de nuestros íntimos clamores.....

Sí; tenemos que decir adiós á esta morada de paz y de consuelo, humedecida por las lágrimas de innumerables pecadores arrepentidos, y que en sus bóvedas guarda escondidos los ecos dolientes de las voces de esos mismos pecadores. Tenemos que abandonar estos sitios, caros de hoy en más para nuestro corazón, porque en ellos se nos ha manifestado el Señor, como á Moisés Jehová en las montañas del desierto. Pero al salir de esta arca santa, refugio nuestro, donde por unos días nos hemos librado del diluvio de iniquidades que cae sobre el mundo, ¿la abandonaremos con los ojos enjutos, y sin mostrarnos agradecidos á los virtuosos y respetables sacerdotes que en ella nos recibieron; que de ella han guardado las llaves, y que han dirigido nuestras plegarias mientras afuera rugía la tempestad? ¿No deberemos, antes de volver al mundo, dirigir una mirada á las huellas que aquí dejamos?

¡Ah, sí! Y nuestras primeras palabras deben ser para Dios, que nos trajo aquí, que aquí nos congregó, que aquí nos ha hablado en íntimos y regalados coloquios. Nos prefirió á tantos otros, para que en este santo retiro gustásemos las dulzuras de su misericordia infinita, y para

que con la antorcha de la gracia, buscásemos desde la cumbre de esta montaña, entre todos los caminos, el único que puede conducirnos á la morada de luz y de delicias, donde espera á sus escogidos.

Recordad, señores, antes de partir, el estado en que se hallaba vuestro corazón y las particularidades de que estuvo rodeado vuestro ingreso á esta Santa Casa; traed á la memoria vuestras primeras impresiones en esta soledad, en este apartamiento; recordad despues todo lo que habeis sentido en tantas horas de retiro espiritual, y comparadlo con la placidez de vuestro espíritu, hoy que hemos dado cima á la grandiosa empresa que aquí venimos á acometer. Hacedlo y luego me direis si no tenemos razon para alejarnos con dolor de este claustro, por más que sepamos que á la puerta de él nos esperan las emociones más vivas y más dulces, como son las que se experimentan al volver á ver á seres queridos de quienes hemos estado separados.

II

Cuando el Señor tocó nuestro corazón para que viniésemos á estos Santos Ejercicios, el mundo con sus halagos, la familia con sus delicias y ternuras, los negocios con sus magníficas promesas trataron de detenernos: como si no fuera bastante todavía el tiempo que les dedicamos; como si, despues de las faenas que dividen nuestra existencia, no mereciésemos al-

guna tregua; como si, finalmente, ese descanso no lo viniésemos á emplear aquí en el asunto más grave, más importante, más trascendental de cuantos pueden preocupar á la inteligencia humana!

Vencidas, al cabo, todas las resistencias del mundo, del cariño y del interés, ingresamos, no sin cierto temor, á esta Casa de oracion. ¡Día inolvidable para cuantos tuvimos esa dicha! — Las primeras impresiones recibidas; las primeras prácticas de devocion; aquella capilla oscurísima, donde al entrar pudimos ver apenas la majestuosa escena del Calvario representada en el altar mayor; el silencio que sellaba nuestros labios, la soledad de los claustros, la pobreza de nuestras celdas; las pausadas figuras de los ejercitantes, atravesando los pasillos y galerías, envueltos en sus capas, como monges de otra edad; la voz solemne, grave y conmovida de nuestro Director de capilla; aquellas expresiones pláticas del sacerdote, en medio de tinieblas; las prolongadas meditaciones, las penitencias; y por último, este amplio refectorio, donde, como en los monasterios, no se oía más que la voz del lector de algun libro piadoso: todo esto nos infundía cierto religioso respeto, cierto pavor, y nos sorprendía y edificaba.

Bien lo recordais: durante los primeros días, el mundo nos tenía de sus garras, y en vano procurábamos desasirnos de él. El demonio nos perturbaba en nuestras meditaciones, y en ellas sentíamos las *sequedades* de que habla San Francisco de Sales. Mas, por fin, triunfó la gracia, triunfó Jesucristo Señor Nuestro; y desde ese

instante todo nuestro pensamiento fué de Dios, de Dios solamente. También las lágrimas se resistían á salir de nuestros ojos; y espantados ante esa inconcebible dureza, clamábamos á Dios desde lo íntimo de nuestro sér, pidiéndole que, como de la roca de Horeb, hiciera manar agua viva de la roca de nuestros corazones. ¡Y el prodigio se verificó! Compadecido Dios de nuestra miseria y de nuestra profunda angustia, tocó con la vara de su poder nuestros pechos, más duros que el granito, y el llanto inundó nuestras mejillas. ¡Ya nada nos faltó entónces para estar satisfechos y contentos!

Sorprendidos, maravillados cada día por un nuevo milagro de la gracia, seguimos recorriendo nuestro camino, esa vía dolorosa, donde la sabiduría de San Ignacio puso, á modo de faros, los puntos de meditacion.

¿Para qué he de hablaros de esos días angustiosísimos en que, á todas horas, nuestros ojos no veían más que cuadros de desolacion y dolor? ¡Cuán imponentes, cuán terribles fueron ciertamente los primeros asuntos puestos á nuestra consideracion! Nuestra mente, caldeada por la fiebre de una inquietud hija del pecado; nuestras almas hondamente atribuladas, vivieron los primeros días entre tinieblas, entre horrores, entre llamas, entre tormentos. Desfilaron á nuestra vista las escenas más tétricas y más lúgubres. los cuadros más pavorosos. Nos parecía oír á cada paso gritos lastimeros, y nuestro miedo era sofocante. ¡Todo nos amedrentaba! Sentíamos algo como el frío de la muerte; hasta

nosotros llegaba el vaho pestilente de las tumbas, y ántes que eso, los dolientes quejidos de los agonizantes. ¡En esas horas cruelísimas, los dogmas de nuestra Santa Religion, relacionados con el destino del pecador, se impusieron á nuestro espíritu con una evidencia abrumadora. Mas, por fortuna, y cuando ya el corazon desfallecido casi no tenía fuerzas para seguir considerando los medrosos asuntos en que había consumido sus energías; cuando ya nuestra vista, cegada por tantas lágrimas, no acertaba á hallar el camino para salir de aquel dédalo tenebroso, en donde habíamos venido dejando girones de nuestro corazon; cuando todo esto sentíamos, comenzamos á vislumbrar algunos rayos de luz. Fueron quedando atrás las podredumbres del sepulcro, las llamas y horrores del infierno, los terrores del juicio final, las ánsias y tormentos del pecado. Pronto empezamos á acercarnos á los dulcísimos fulgores de la gracia, anunciados por la parábola del Hijo pródigo, esa reina de las parábolas; y muy pronto también, con una delicia infinita, con la delectacion propia del que apetecía el bien, comenzamos á paladear las dulzuras con que la misericordia divina recompensa el verdadero dolor. Y á poco, en fin, Dios nos dejó ver, no ya un rayo de luz, sino un sol que derramó indecibles resplandores en nuestras conciencias.

Recordadlo bien, aunque estoy seguro que lo teneis presente: á la parábola del Hijo pródigo siguió, para asunto de nuestra meditacion, el asunto por excelencia, el más alto, el más cua-

jado de misterios: aquel ante el cual vivieron en perpétuo pasmo todos los santos de la tierra: la Pasion del Divino Redentor. ¿Recordais con cuánto amor, con cuánta solicitud nos recomendó nuestro Director que al meditar sobre ella acreciéramos nuestro recogimiento y observáramos con extricto rigor la regla del silencio? . . . Cumplimos como fieles hijos, y ese día fué de duelo en nuestra santa Casa. La capilla y el claustro fueron regados con nuestras lágrimas, y al pie del Calvario, y á las plantas de la Virgen dolorosa, gemimos con todo el desconsuelo de desamparados huérfanos.

¿Habíamos llegado ya al fin de nuestra jornada?

No, que aún faltaba el conocimiento de las promesas de Nuestro Redentor; faltaba que consideráramos lo que constituye el eterno anhelo de todo corazón cristiano: el amor de Dios, la gloria, la bienaventuranza, la posesion de Dios por toda la eternidad. . . . ¿Qué cuadros vieron entonces nuestros ojos! ¿Qué arrobamientos tan deleitosos nos embriagaron! . . . Vislumbramos por fin esa patria celestial, mansion de delicias inefables, paraíso hermoso, gloria eterna y felicidad perdurable, objeto de las ansias de todos los justos . . . Decidme si entonces no abominásteis el pecado; si entonces no os propusísteis ser buenos y virtuosos; si entonces no formásteis la resolucion firmísima de conquistaros un sitio en esa morada de hermosura y felicidad. . . .

Y debieron afirmar vuestros santos propósitos las postreras horas pasadas en este retiro,

durante las cuales vimos un trasunto de la gloria, en aquella solemnísimá procesion del Señor Sacramentado, verdadera marcha triunfal de nuestro Rey vencedor. Le formamos séquito sus hijos amantísimos; lo ensalzamos y aclamamos hasta llegar al trono, y, ya allí, para realzar su victoria, rendimos los últimos honores á tan soberana Majestad, postrados por riguroso turno, todas las horas de la noche, los que componíamos su legion.

Tal fué el término de nuestros Ejercicios, de nuestro viaje á través de las verdades eternas

Duranteél, hemos dado, estad seguros de ello, días de rabia al infierno, porque estando abismados ante la justicia y misericordia infinitas, habíamos dado el primer paso para nuestra conversion. Y ha habido tambien grandes regocijos en el cielo, porque los ángeles y los bienaventurados veían que las almas de los aquí presentes se abrasaban en el amor divino, única manera de ir á reunirnos con ellos en el seno de la eterna gloria.

III

Y bien: para llegar á este fin, tan consolador como saludable, ¿qué nos ha sido preciso hacer? ¿Han sido necesarios grandes sacrificios, mortificaciones austeras y dolorosas penitencias? Bien sabeis que no. El yugo del Señor es blando y suave; y cuando el amoroso Jesus quiere atraer á su seno al pecador ingrato, se

esmera más todavía en hacer deleitosos y amenos los caminos que conducen á Él.

El mundo tal vez creerá que para nosotros han sido una gran pérdida estos días de retraimiento; dirá que nos hemos privado de muchos bienes, y tal vez nos compadezca. ¡Cuánto se engaña! Decidle, cuando volvais á él, que no cambiamos por todos sus halagos y deleites, una sola de las horas que aquí hemos pasado en íntima conversacion con Dios; que preferimos á su estruendo y locos devaneos los momentos en que nuestra alma ha permanecido postrada ante el Sagrado Tabernáculo y ante la dulce imágen de María. — Decid al mundo que desde el primer día que tuvimos la dicha de salvar los umbrales de esta morada, nos sujetamos á las santas reglas de la obediencia, del silencio y del recogimiento. ¡Que no les fuera dado ver, á esos mundanos que acaso nos tienen lástima, cómo varones encanecidos, cómo abogados ilustres, cómo hombres de alta posicion social, acostumbrados á mandar y ser ciegamente obedecidos, aquí han vivido sumisos bajo una ley que les prohibía hablar, que les ordenaba el recogimiento, que les prescribía las horas en que habían de alimentarse y recogerse!

Si el mundo, ahora que volvais á él, dice que os habeis privado de encantadoras diversiones, de sorprendentes y admirables espectáculos, contestadle que á todos ellos preferis el cuadro edificante de cien corazones que, llenos de uncion y de piedad, elevaban al cielo sus plegarias y se purificaban contritos por medio de la peni-

tencia. Si el mundo os dice también que aquí habeis sufrido y habeis estado atormentados, apresuraos á sacarlo de su error, pintándole la tranquilidad de nuestro sueño, el gozo con que saludábamos el nuevo día, porque en él íbamos otra vez á alabar á Dios todos los ejercitantes, unidos en un mismo sentimiento. Pero ¡qué más! El día que no lloraban nuestros ojos, estábamos tristes y afligidos, siendo, en cambio, aquel en que más lágrimas derramábamos el que reputábamos más feliz.

Decid al mundo, para que no viva engañado, que de tal manera nos hallábamos aquí tranquilos y contentos; que nos era tan ligera y suave la ley de la sujecion, que estábamos siempre prontos, siempre expeditos para acudir á nuestras prácticas piadosas, aun ántes de que la campana nos llamara para congregarnos. Por último, haced ver al mundo que nuestro olvido de él llegaba á hacernos formular, con voz suplicante, cuando álguien turbaba nuestra soledad, esta frase patética: “¡Por Dios, dejadnos en paz!”

Todo esto le direis al mundo; y se lo direis, porque así lo sentís; y se lo direis, porque es la verdad.

En efecto, á nuestra vista se han realizado prodigios sin cuento: como que han tenido su más exacto cumplimiento aquellas palabras de Nuestro Salvador: “*Venid á mí todos los que tenéis trabajos, y estais cargados, que yo os aliviaré,*” pues el que vimos enfermo, hoy está sano; el que estaba triste, hoy está alegre; el desesperado, lleno de consuelo; el inquieto, tranquilo;

el duro y empedernido, hoy se deshace en lágrimas. Aquí se han calmado nuestros dolores, se han restañado nuestras heridas, se ha robustecido nuestra fé, se ha iluminado nuestra inteligencia. Y los padres de familia lo mismo que los ricos, como los que viven de su profesion; todos los que tienen deberes naturales ó sociales que cumplir, han meditado acerca de ellos para aquilatarlos y proponerse cumplirlos, á fin de evitar así que algun día su conciencia se levante terrible y justiciera para acusarlos, si faltan á ellos.

¡Oh días tranquilos, oh momentos de sosiego y de reposo, qué pronto habeis pasado! ¡Cuánto se recrea hoy el espíritu contemplándoos! ¡Quién no suspirará despues por vosotros? ¡Oh lágrimas, derramadas á torrentes en este apartado recinto! ¿no es verdad, señores, que han sido más dulces que las molicies del placer?

IV

Tiempo es ya de concluir. Pero ántes séame permitido manifestar el gozo que me ha causado ver que en este concurso de ejercitantes, en esta porción escogida de la grey de Cristo, la mayoría está compuesta de apreciables jóvenes, que forman singularísimo contraste con otros que, impíos y descreídos, han arrojado á Dios de su corazón, siguiendo en esto la enseñanza y el ejemplo de quienes, más que el nombre de maestros, merecen el de asesinos de almas. Re-

cibid mis parabienes más sinceros, jóvenes ejercitantes, esperanza risueña y consoladora para la moralizacion de nuestra sociedad. Seguid las huellas de Jesus, é inspiraos en su celestial doctrina, y no olvideis estos dias en que vuestras almas se han abrevado en los veneros de la Salud Eterna. Sobre todo, no arrojéis jamás del santuario de vuestros recuerdos á esa Virgen Purísima, á cuyas plantas os he visto día á día, y momento á momento, implorar socorros y consuelos. Conservad incólume el tesoro de impresiones que llevais en vuestro corazón; y en cuanto á las santas verdades de que tambien vais henchidos, propagadlas, difundidlas con afán por todas partes.

A vosotros, venerables, virtuosos y abnegados sacerdotes que nos habeis acompañado y dirigido en estos Santos Ejercicios, ¿qué os podré decir que alcance la medida del reconocimiento profundísimo en que rebosan vuestras almas? ¿Cómo podré pintaros el inmenso bien que sentimos y los consuelos que nos habeis proporcionado con vuestra solicitud y vuestros cuidados?

Vuestra palabra, encendida, vibrante é inspirada, ha sido la de los apóstoles que se abrasan en el celo por la salvacion de las almas. Nos habeis hecho ver, por medio de vuestra persuasiva elocuencia, lo que mejor podía encaminarse á nuestro bien espiritual. La claridad de vuestros conceptos; vuestra precision al exponer á nuestra vista los dogmas y la doctrina de nuestra fé; vuestra ternura y unción al excitarnos á la práctica de la virtud, no ménos que

vuestra energía y arrojo para condenar nuestros delitos, han hecho que la batalla librada contra Satanás en estos Santos Ejercicios, haya sido coronada con la victoria más completa, definitiva y perdurable. ¿Qué mejor recompensa podríais apetecer?

Volverémos á ser atacados por el enemigo con más furor, con más rabia que nunca, segun nos lo habeis anunciado. Pero no importa; hoy estamos fuertes; hoy el ángel rebelde no nos sorprenderá desarmados, ni desprevenidos. Hoy la gracia del Señor nos acompaña, nos escuda, nos defiende. . . . Y si algun dia, esas armas preciosas de la gracia que nos habeis ayudado á forjar comienzan á gastarse, á sernos inútiles, porque ya no podamos manejarlas, acá vendrémos presurosos á renovarlas, á fortalecernos nosotros mismos, que será el mejor modo de acreditar que hemos alcanzado el fruto de estos Santos Ejercicios.

Vendrémos, sí. . . . ¿No es verdad que vendremos. . . .? Porque, ya lo vereis: esta Casa nos atraerá con fuerza misteriosa é irresistible, y volveremos á ella, en busca de estos dichosos dias en que todos hemos confundido nuestras lágrimas, mezclado nuestros sollozos, invocado á la Virgen Santísima, y pedido á Dios misericordia.

Y ahora, señores ¡al mundo! ¡otra vez á luchar! ¡otra vez á combatir por la salvacion de nuestras almas y por el triunfo de Jesucristo!



DESPEDIDA.

Despues de unos ejercicios.



ÍRGEN Santísima, Madre y Señora Nuestra: aquí estamos, á tus sagradas plantas, estos tus hijos amantísimos, para pronunciar la triste despedida de este Asilo bendito, donde, huyendo de la tempestad, nos hemos refugiado durante nueve días. ¡Qué pronto ha llegado este amargo momento, temido ¡ay! por los que podemos decir lo que Pedro, allá en el monte donde se transfiguró tu Divino Hijo: *¡bien estábamos aquí, Señor!* ¡Qué breves han sido esas horas de íntimas confianzas en que veníamos á Tí á descargar nuestro pecho de sus tristezas, á revelarte nuestras angustias, á pedirte fuerzas para vencer nuestra debilidad! ¡Qué léjos están ya aquellos instantes en que Tú nos oías atenta y enternecida, dispuesta á que se obraran en nosotros, por tu mediacion, los milagros de la gracia!